

EDUCACIÓN Y ENVEJECIMIENTO. LA PARTICIPACIÓN EDUCATIVA MÁS ALLÁ DE LA JUBILACIÓN

Education and aging. The educative participation beyond the retirement

Carmen Serdio Sánchez

RESUMEN: *La entrada en la jubilación supone para muchas personas un momento especialmente crítico si consideramos el valor fundamental que nuestra sociedad le concede a la actividad laboral como instrumento de identidad individual y social. Pero también es cierto que muchas personas descubren en su jubilación un nuevo espacio de reencuentro con la educación en sus dimensiones más expresivas. El objetivo fundamental de este trabajo consiste en hacer un repaso por algunas de las ideas y planteamientos que han presidido la reflexión acerca de la relación entre educación y jubilación. Para ello comenzamos con una síntesis del estudio de la jubilación como evento evolutivo asociado al proceso de envejecimiento para, a continuación apuntar algunas claves necesarias para la comprensión de la asociación entre educación, jubilación y desarrollo personal.*

Palabras Clave: *Jubilación, educación en la vejez, programas de preparación a la jubilación, desarrollo personal.*

ABSTRACT: *The entrance in the retirement supposes for many people a specially critical moment if we considered the value fundamental that our society grants to him to the labor activity like instrument of individual and social identity. But also it is certain that many people discover in their retirement a new space of encounter with the education in their expressive dimensions. The fundamental objective of this work is to review some of the ideas and approaches that have governed the thinking about the relationship between education and retirement. To do this we begin with a summary of the study of evolutionary event such as retirement benefits associated with the aging process, and then point out some clues for understanding the association between education, retirement and personal development.*

Key words: *Retirement, education in the oldness, setup programs to the retirement, personal development.*

1. INTRODUCCIÓN

La tradicional división del ciclo vital ocupacional en tres grandes etapas: formación, trabajo y jubilación, ha experimentado a lo largo de las últimas décadas modificaciones importantes. Entre ellas, nos encontramos con que el paso de la etapa laboral a la no laboral o de jubilación, lejos de constituir un proceso desestructurante y desestructurado (Fericgla, 1992), comienza a considerarse como una etapa nueva que encierra enormes posibilidades de desarrollo personal. En este contexto la educación tiene un importante papel a la hora de conducir al individuo que se jubila por nuevos caminos abiertos al crecimiento personal y a la redefinición de objetivos vitales. Condiciones éstas que, sin duda, forman parte de su bienestar psicológico y su calidad de vida.

El objetivo fundamental de este trabajo consiste en hacer un repaso por algunas de las ideas y planteamientos que han presidido la reflexión acerca de la relación entre educación y jubilación. Para ello comenzamos con una síntesis del estudio de la jubilación como evento evolutivo asociado al proceso de envejecimiento para, a continuación apuntar algunas claves necesarias para la comprensión de la asociación entre educación, jubilación y desarrollo personal.

2. LA JUBILACIÓN EN EL MARCO DEL ENVEJECIMIENTO: DE FENÓMENO SOCIO-ECONÓMICO A REALIDAD PSICOEVOLUTIVA

La jubilación tal y como la conocemos ahora es un fenómeno reciente. Su aparición va unida a los cambios socio-políticos y laborales que tienen lugar en el contexto de la revolución industrial (Agulló, 2001). Tales cambios dieron lugar a que las sociedades agrícolas en las que la familia constituía el núcleo central de producción, dieran paso a un modelo de sociedad urbana e industrial en el que la subsistencia familiar estaba en manos de la producción en la fábrica. En este contexto emerge la jubilación como un mecanismo para garantizar que los trabajadores más mayores, incapaces de cumplir con las exigencias de un ritmo de producción estrictamente riguroso, pudieran subsistir. Esta primera noción del retiro laboral

como *incapacidad física* va dando paso progresivamente a otra, más encaminada a percibir la jubilación como un *descanso merecido*. La propia evolución social y demográfica, fruto de una considerable mejora de las condiciones de salud e higiene con el consecuente aumento de la esperanza de vida, posibilita que la presunción de invalidez e incapacidad asociada a la jubilación se convierta en algo cada vez más irreal (López Jiménez, 1992). Efectivamente, los trabajadores llegan a la edad del retiro en unas condiciones de salud significativamente mejores que las de las de sus predecesores, lo cual permite que la jubilación comience a ser considerada como una oportunidad para realizar otras actividades, más que como una sentencia que anuncia el próximo final de la vida.

Esta brevísima aproximación al proceso de desarrollo y consolidación de la jubilación nos acerca a un fenómeno de carácter social y económico que, a medida que se va institucionalizando y se va instalando en la vida cotidiana de los individuos, adquiere un significado mucho más complejo que el de mecanismo de salida del mercado laboral. Se convierte en una realidad psicoevolutiva, puesto que sus repercusiones en la vida de la persona van a afectar y modificar patrones de comportamiento y estilos de vida. La jubilación, por tanto, se ha convertido en un suceso evolutivo que como tal, exige del individuo que se retira del trabajo, un afrontamiento que le conduzca a una adaptación satisfactoria a un nuevo periodo vital.

2.1. La percepción de la jubilación como problema y como posibilidad de desarrollo

El interés de la psicología del desarrollo por conocer y analizar los cambios derivados de la experiencia de la jubilación no se agota en este fenómeno en sí, sino que de algún modo, se extiende a la tradicional consideración de la jubilación como tarea del desarrollo que supone el inicio de un inminente proceso de envejecimiento. Desde este planteamiento es lógico pensar que las primeras y tradicionales concepciones negativas y deficitarias de la vejez y el envejecimiento salpicaran al acontecimiento de la jubilación que, como puerta de entrada a la vejez, compartía con ella sus limitaciones y sus desventajas, asociadas fundamentalmente a la pérdida del trabajo. El mode-

lo deficitario de la vejez contribuyó a proyectar una imagen de la jubilación cargada de pesimismo y desesperanza, como un periodo de crisis en el que

“se abre una puerta detrás de la cual aparecen una serie de contornos y entornos más o menos borrosos por los que el individuo camina solo o acompañado las más de las veces por inseguridades, dudas y pérdidas personales, sociales y económicas” (Martín, 1997, p. 224).

Este modelo deficitario de la vejez caracterizado por su marcado carácter biologicista y su sobrevaloración de la edad cronológica, concebía la vejez desde un modelo de deterioro comportamental generalizado que sin duda abocaba al individuo, iniciada su jubilación, a un nuevo periodo vital asociado a ideas de inutilidad, improductividad, pasividad y decadencia. A esta concepción catastrofista de la jubilación contribuyeron también ideas y planteamientos derivados de teorías clásicas como la teoría de la desvinculación y la teoría del rol. La primera enfatizando el papel de la jubilación como mecanismo social facilitador de la desvinculación natural y normal del individuo de papeles y compromisos sociales una vez llegado a la vejez; la segunda, erigiendo el rol de trabajador en índice de todos los demás, en el sentido de hacer del trabajo la base de la identidad personal y social del individuo y anular con ello toda posibilidad de convertir el rol de jubilado en algo satisfactorio.

Junto a esta inicial percepción social de la jubilación como evento evolutivo precipitador de declives y decadencias, convive otra, más positiva, más acorde con los nuevos planteamientos que subyacen en una visión de la vejez desprovista de estereotipos y creencias negativas. Con la irrupción en el panorama psicológico de la perspectiva del Ciclo Vital, el estudio científico del envejecimiento humano experimenta un giro radical en sus presupuestos de partida. La vejez deja de considerarse una etapa estática y homogénea para convertirse en un proceso, el proceso de envejecimiento, haciendo hincapié en su carácter dinámico, dialéctico, contextual y personal. Existe un importante consenso en considerar que ha sido esta perspectiva la que más ha ayudado a modificar el estado de opinión dominante en décadas anteriores en el estudio sobre las etapas de la madurez y vejez y por tanto a despojar de mitos, ideas estereotipa-

das y consideraciones erróneas y negativas acontecimientos como la jubilación.

Puede decirse que la Psicología Evolutiva del Ciclo Vital ha contribuido a una mejor redefinición del estudio del desarrollo, asentando definitivamente la idea de que los cambios en los años posteriores a la jubilación no se reducen a un proceso inverso del crecimiento durante la infancia y la adolescencia, ni a un progresivo deterioro, sino que también en estas edades se producen cambios específicos y nuevas posibilidades de crecimiento y desarrollo (Martín, 2000). Este enfoque parte de un nuevo marco conceptual plural sobre el desarrollo del que, entre otras, podemos extraer tres consideraciones fundamentales:

- que gracias a la influencia de este modelo conceptual se ha superado el valor explicativo de la edad cronológica
- que la presencia de la variabilidad interindividual dota de un sentido absolutamente nuevo al significado social e individual del proceso de envejecimiento y de jubilación.
- que también en el proceso de envejecimiento se produce crecimiento y existe una amplia capacidad de reserva y plasticidad evolutiva.

Gracias a la evolución de la investigación gerontológica a partir de los resultados de los estudios de corte transversal, longitudinal y secuencial se ha puesto de manifiesto la consideración y el análisis de un conjunto complejo de aspectos multidimensionales (variables ambientales, personales, históricas...) que han permitido un acercamiento al conocimiento del envejecimiento y sus acontecimientos como realidades biológicas, psicológicas y sociales y como realidades individuales y biográficas. Según Rubio (1996, p. 56):

“La Psicología Evolutiva del Ciclo Vital, ha considerado las ‘posibles’ causas del cambio, lo cual facilita nuestra comprensión del desarrollo. Como resultado de este análisis, la edad cronológica ha ido perdiendo relevancia tanto como variable independiente como dependiente. Esta perspectiva, nos enseña que la edad/tiempo cronológico, no es válida como único criterio para la definición de desarrollo.”

Según esto la vejez y la jubilación pueden ser tiempos propicios para el desarrollo, y el estudio del envejecimiento no se puede abor-

dar únicamente desde un **enfoque cronológico**. La psicología del envejecimiento ha de tener en cuenta determinados fenómenos atribuibles a la cultura y al curso individual de la vida. La longevidad y la calidad de vida de las personas mayores dependen, además de los aspectos biológicos, de factores ambientales del entorno físico y social, de los hábitos de vida y de características psicológicas individuales.

En el proceso de desarrollo los cambios psicológicos se deben a la influencia de tres sistemas interrelacionados entre sí: ontogenéticos, históricos y no normativos a lo largo de todo el ciclo vital, cuyo entramado de interacciones es muy difícil de descomponer y contribuyen poderosamente a “modelar” la biografía de cada adulto cuyos rasgos acumulativos se van apreciando en el paso de los años e imprimiendo un sesgo típico y peculiar de cada hombre cuando llega a la vejez (García Arroyo, 1994). Como la edad legal de jubilación no es un buen identificador del inicio de la vejez, los autores se han ocupado del concepto de edad funcional, como aquel predictor obtenido de diferentes indicadores sobre el funcionamiento biológico, social y psicológico del individuo, como marco para definir el proceso de envejecimiento (Fernández-Ballesteros, Moya, Iñiguez, y Zamarrón, 1999). El envejecimiento y los acontecimientos y sucesos evolutivos asociados a él, como es el caso de la jubilación, no constituyen procesos simples y unitarios sino un haz de procesos, asociados entre sí, en los que además de la edad cronológica, existen varias edades funcionales que corresponden al estado y funcionamiento de los distintos subsistemas biológicos, psicológicos y sociales. En este sentido es necesario considerar que en el ritmo tradicional del ciclo vital se han producido cambios de enorme importancia que lo han modificado sustancialmente. Las normas y expectativas de la edad están perdiendo cada vez más importancia como reguladoras del comportamiento; estamos dirigiéndonos hacia una sociedad en la cual la edad ya no es relevante. Todo ello forma lo que algunos denominan el *ciclo vital fluido* caracterizado por un aumento de los cambios de rol, por la proliferación de horarios establecidos y por la ausencia de sincronía de los roles relacionados con cada edad (Neugarten, 1999). Esta autora lo expresa claramente:

“La sociedad se está acostumbrando al estudiante de 70 años de edad, al presidente de 30 años, al alcalde de 22 años, la abuela de 35 años, el jubilado de 50 años, el padre de 65 años con hijos en edad preescolar e incluso a la madre de 85 años cuidando de su hijo de 65.”
(Neugarten, 1999, p. 63)

Asimismo la presencia de una **creciente variabilidad interindividual** conforme avanza la edad y nos acercamos a edades tardías, dota de un sentido absolutamente nuevo al significado social e individual de la vejez y de la jubilación. Si hay algo comúnmente aceptado en psicología de la vejez es que existe una marcada variabilidad en el comportamiento; a medida que envejecemos, los seres humanos vamos siendo más diferentes entre nosotros. Existen personas mayores que presentan un escaso cambio a lo largo de su vida, que mantienen sus capacidades funcionales, su vigor físico y sus capacidades intelectuales hasta edades avanzadas de su vida, junto a otras que presentan achaques múltiples, que se recluyen en sus casas y que presentan afecciones severas como la demencia (Fernández-Ballesteros, Moya, Iñiguez, y Zamarrón, 1999). Una completa comprensión del envejecimiento y sus acontecimientos implica describir y explicar aquellos elementos diferenciales, idiosincrásicos, de cada envejecer individual. Para aprehender estos elementos hace falta adoptar, un enfoque del curso de la vida y de la acción (Fierro, 1994) Este enfoque maneja, como modelo y metáfora fundamental, el itinerario o camino personal de la vida y del curso de la acción, y resalta que ese itinerario, en parte debido a circunstancias externas y en parte elegido por la persona, contribuye a determinar la vejez de cada cuál y su adaptación al proceso de jubilación.

La evolución del ser humano procede en la dirección de una diferenciación creciente, de modo que las diferencias individuales y las características ideográficas pasan a ser un elemento constitutivo de las edades más tardías con un alcance y en una medida mucho mayores que a edades más tempranas. Es por tanto conveniente adoptar un enfoque que abarque el curso de la acción, es decir, la secuencia de las acciones y decisiones de la persona más allá de los acontecimientos experimentados. En los últimos años ha comenzado a adoptarse este enfoque del curso de la vida y de la acción y a aplicarse al proceso de envejecimiento. Insistir en el curso de la acción y no sólo

de la vida, pone énfasis especial en lo que el individuo hace y no sólo en los acontecimientos, normativos o no, en los que se ve inmerso. Fierro (1994, p. 13) lo sintetiza del siguiente modo:

“Cuanto más se avanza en las edades de la vida, qué es la persona, en qué situación está y cual es su conducta, depende, todo ello, tanto de un curso de acontecimientos sucedidos y vividos en gran medida al margen de su acción, cuanto de un curso de sus acciones, ellas sí, producidas por el sujeto e influyentes en sus condiciones de vida. El modelo del curso de la vida y de la acción, aun siendo válido para no importa qué edad, alcanza su validez máxima justo en la edad adulta y en la vejez.”

Finalmente, en el enfoque del Ciclo Vital, **la plasticidad y el potencial para el cambio** evolutivo, de da a lo largo de toda la vida, incluidas las edades posteriores a la jubilación. Existe una plasticidad en el envejecer que, dependiendo de la posición económica, de los soportes sociales, de la trayectoria vital, del propio concepto de sí mismo, etc., da lugar a distintos modos y formas de envejecimiento y vivencia de la etapa de jubilación. En dependencia de las condiciones y experiencias vitales del individuo, su curso evolutivo puede asumir muchas formas, por lo que una de las grandes tareas evolutivas consiste en determinar ese nivel de plasticidad e intervenir sobre él. La plasticidad en el envejecimiento permite así, poder hablar no sólo de descripción y análisis de los cambios, sino de intervención en los mismos. En referencia a la jubilación, esta intervención se traduce en programas de preparación a la jubilación que en sus inicios y desarrollo posterior, fueron concebidos como una estrategia para favorecer en los individuos un ajuste satisfactorio a la nueva etapa postlaboral, incidiendo en el aprendizaje y adquisición de las habilidades necesarias para alcanzar este propósito.

Como hemos podido comprobar a través de este repaso de algunos de los presupuestos más definitorios de la Psicología del Ciclo Vital, esta perspectiva constituye un idóneo marco de comprensión para un estudio correcto del envejecimiento humano y aporta claves para una nueva manera de entender la jubilación desde una visión

“más descontextualizada, longitudinal y positiva de la vida, en la cual el trabajo y la propia jubilación no son sino elementos que forman parte del un continuo de carreras comunicadas con otra serie de

eventos normativos, por los que el individuo transita con más o menos éxito en función de una serie de recursos personales, materiales y de apoyo social. Cuando la gente se asoma a la jubilación lo hace con un bagaje biográfico detrás que hace difícil pensar en cambios radicales. Más bien ocurre que la continuidad de patrones psicológicos (por ejemplo, determinados patrones de afrontamiento de problemas) o sociales (modos de interacción familiar), y los nuevos cambios que se presentan, se dan la mano de cara a ofrecer estrategias adaptativas para encarar en su día la vejez. De este modo se entiende la jubilación inserta dentro de todo un proceso de desarrollo o de envejecimiento, en el cual se producen determinadas transiciones que suponen los periodos de mayores cambios durante los que es necesario siempre realizar ciertos reajustes” (Martín, 1997, p. 230).

2.2. La emergencia de nuevos jubilados: una nueva forma de entender la vejez

Es evidente que en el estudio de la jubilación, el paso de un enfoque de crisis a un enfoque positivo, constituye una nueva forma de abordar y comprender el papel de la jubilación en el marco del proceso de envejecimiento. Las personas mayores han ido adquiriendo una especial relevancia y protagonismo en el panorama social y paralelamente se constata la creciente evidencia de que el jubilado actual no es el jubilado del pasado. Por tanto, comienza a ser necesario distinguir entre el *jubilado tradicional* y los *nuevos jubilados* (Trinidad, 2006). La imagen social que hemos podido tener hasta hace poco de las personas mayores no se corresponde con la emergencia de un este nuevo tipo de jubilado socializado en una realidad social y económica muy diferente y por tanto con una historia educativa, un nivel de instrucción y unas inquietudes e intereses formativos significativamente distintos de los de generaciones anteriores. Además los llamados *nuevos jubilados* (Trinidad, 2006), muestran una clara diferencia con respecto a los jubilados tradicionales: lejos de percibir la jubilación como el fin de la vida laboral e incluso también la social, la perciben como una nueva etapa en la que se abren nuevas oportunidades de actividad mediante las que siguen cultivando nuevos roles en el espacio público y alimentando con ello sentimientos de utilidad y contribución social. Asimismo las estrategias

sociales y económicas que estos nuevos jubilados ponen en juego para afrontar los cambios derivados de la jubilación también ponen de manifiesto nuevos estilos de vida y nuevos patrones de comportamiento. La actividad laboral se ve sustituida por otros tipos de actividades (educativas, formativas, voluntariado, recreativas, culturales...) que, además de ofrecerles nuevos roles y papeles sociales, les permite contribuir y aportar a la vida social en la medida de una formación y preparación más completa y especializada.

Este renovado semblante de la jubilación se sitúa en un contexto de una también renovada imagen de la vejez y de las personas mayores. Según García Mínguez y Sánchez García (1998) tres son las consideraciones que avalan la “cada día más nítida imagen de la vejez como tiempo de oportunidad, como tiempo de espacio para el desarrollo de renovados modos de encarar la vida” (Martín, 2000, p. 171), a saber: la noción de actividad frente a la noción de desvinculación, la vejez como sabiduría vital y contribución de la persona mayor y la vejez como proyecto creativo en el marco de un ocio constructivo. En estas tres ideas centraremos brevemente nuestra reflexión.

La noción de actividad frente a la noción de desvinculación procede de la Teoría de la Actividad ampliamente difundida en Alemania por Tartler en los años 60 y en la que se han apoyado muchas de las acciones de intervención. La hipótesis de partida de esta teoría afirma que la actividad es lo que realmente produce satisfacción vital en el proceso de envejecimiento. Se trata según Atchley (1976,1988), de encontrar estrategias de socialización que permitan o bien conservar los antiguos roles que se venían desempeñando, o bien encontrar nuevos roles que supongan una valoración por parte del contexto social en el que la persona mayor se enmarque. Bajo esta teoría de la actividad se aceptan dos presupuestos: primero, se reconocen positivamente los valores de la edad y se transmite una percepción favorable de la vejez y el envejecimiento y segundo, como corolario de lo anterior, la sociedad acepta progresivamente la realidad de que se desarrollen nuevos roles postlaborales. Este principio es la idea fundamental de la Teoría de la Continuidad que complementa a la anterior y cuya formulación puede ser en palabras de Rodríguez (1994, p. 62) la siguiente:

“Postulado básico de esta teoría es que a medida que vamos envejeciendo, nos vamos haciendo más aquello que ya éramos; es decir, la persona de edad es, en definitiva, lo que fue haciéndose desde que nació. La persona que durante su vida fue activa seguirá siéndolo en la vejez; con la diferencia de que irá sustituyendo los roles perdidos por otros nuevos, manteniendo así su continuidad psicológica y de la de su conducta externa”

Para los defensores de esta teoría, la conducta personal adquirida y elaborada durante toda la vida continúa más allá de la jubilación, siendo el mejor índice de predicción del comportamiento de un individuo durante los años posteriores a ella. En palabras de Neugarten (1999, p. 232):

“La información acerca de la historia vital de las personas que estudiamos parece indicar que los patrones reflejan estilos de vida que perduran mucho tiempo y que son las consistencias y no las inconsistencias en los estilos de vida las que predominan a medida que el individuo pasa de la edad adulta a la vejez. Dentro de unos límites muy amplios, siempre y cuando no se produzcan accidentes biológicos importantes o alteraciones sociales graves, los patrones de envejecimiento pueden predecirse si se conoce a los individuos cuando tienen una edad mediana.”

Por otra parte cada día se aprecia con más estima la **reserva de conocimientos** que configuran la memoria histórica de la biografía personal. La nueva imagen de la persona mayor nace también de la reflexión acerca del protagonismo de la madurez como fuente de saber vital y de transmisión generacional. La edad no debe ser considerada como algo ajeno al aprendizaje ya que es mucha la experiencia acumulada que, sin duda, puede cristalizarse en forma de sabiduría vital, de la que la sociedad no debe privarse. Lo más llamativo e interpelador de esta realidad es la posibilidad, a través de acciones formales o informales, de que este conocimiento sea transmitido a generaciones más jóvenes. No podemos olvidar que la vejez tiene grandes posibilidades en la construcción de cultura y que necesita cauces de expresión y que las personas de edad son, en realidad, un capital humano y cultural, son un prospectivo factor de transformación y equilibrio social, un elemento que contribuye al crecimiento de la ciudadanía. Representaría una insensatez por parte

de la sociedad no dar cabida al banco de conocimientos acumulados a lo largo del tiempo (Sáez, 1997). Petrus (2001, p. 627) lo expresa en estos términos: “la gente mayor puede ser un arma cargada de futuro”.

La veloz evolución de las sociedades desarrolladas y de la información ofrece modelos sociales, que modifican determinados valores y descubren intereses nuevos, tanto individuales como grupales. A ello contribuyen no sólo los cambios tecnológicos, sino también los cambios en la organización del trabajo, en la estructura familiar, la apertura y flexibilización curricular de instituciones y centros educativos, o el interés económico desplegado por algunas empresas y multinacionales comerciales (Martín, 1997). Con todo esto hoy podemos hablar de **una nueva sociedad del ocio** no sólo en términos cuantitativos, sino sobre todo cualitativos. El disfrute del ocio comporta un elemento individual que concede mayor autonomía a la persona, le ofrece mayores posibilidades de desplegar procesos de autoaprendizaje, al parecer mucho mayores que los ofrecidos hasta ahora por los centros de formación o de trabajo. El ocio está suplantando a la tradicional consideración nuclear del trabajo. Cada etapa del ciclo vital genera un tipo de cultura y con la jubilación se inician nuevas formas culturales de vida en el marco de las cuales, Aguirre Baztán (1992, p.38), propone que “más que intervenciones puntuales y de buena voluntad, la vejez necesita una redefinición de su cultura del ocio y la potenciación de su interrelación social”. Los nuevos mecanismos de salida del mercado laboral han dado lugar a un cambio cualitativo en la significación tradicional de la jubilación, en cuanto que ésta se ha incrementado en número de años y en calidad. Esto introduce nuevas perspectivas de análisis, en el sentido de que supone unas mayores posibilidades de disfrute individual y colectivo y con ello, el desarrollo de una sociedad del ocio de la que también participan las personas jubiladas. Todo esto indica que los adultos mayores buscan fórmulas con las que dotar de significado a su tiempo libre y a su vida. La educación adquiere el objetivo de promover la idea y el desarrollo de la vejez como un tiempo de ocio productivo y constructivo que supone la realización de actividades de contribución a la comunidad.

Hoy día son evidentes las mejoras en los niveles materiales de bienestar asistencial, económico, de salud, de educación y de esperanza media de vida, cuantitativa y cualitativamente mucho mejores que en épocas anteriores. Numerosos autores introducen en su conceptualización de la vejez la noción de ocio en cuanto que la jubilación supone el paso de una cultura de la empresa a una cultura de la comunidad, un reconocimiento del ocio como categoría vital, como un espacio en el que poder expresarse:

“un ocio que se convierte en una forma de vida, en una plataforma existencial desde la que se pueda planificar las actividades y los recursos hasta desplegar un cuadro de actividades organizadas acorde con las necesidades, los puntos de vista, los saberes y las experiencias del colectivo de la tercera edad.” (Sáez y Escarbajal, 1995, p. 43):

Para concluir esta reflexión sobre el nuevo papel del viejo en nuestra nueva cultura, traemos aquí unas palabras que, inspiradas en una reflexión de Julián Marías¹, resumen muy bien lo que se esconde tras estos tres esfuerzos ante los cuales la educación no debe ser sólo testigo:

“no hay nada que atente más a la salud biográfica del hombre mayor que esa especie de retiro entendido negativamente como una mera liquidación, como época de matar el tiempo o como ocio inútil. De ahí el interés contemporáneo de la gerontología por el descubrimiento de la vejez en sí misma, por el sentido de sus acciones, por el derecho inalienable de esta etapa de la vida a seguir disfrutando de una vida grata y gratificante y, en definitiva, por la calidad de vida de las generaciones mayores, fomentando la felicidad individual y social”. (Granjel, 1989, p. 50).

1 Marías, J. (1979). La última forma de instalación en la vida. En J. Marías y otros, *Higiene preventiva de la tercera edad*. Madrid: Karpos.

3. EDUCACIÓN, JUBILACIÓN Y ENVEJECIMIENTO: DE LOS PROGRAMAS DE PREPARACIÓN A LA JUBILACIÓN A LA EDUCACIÓN DE PERSONAS MAYORES

La reflexión pedagógica acerca de las relaciones entre educación y envejecimiento es relativamente reciente y tiene cabida en el conjunto de las preocupaciones educativas de nuestro tiempo desde el momento en que los límites espaciales y temporales de la educación se extienden más allá de las aulas escolares y de las edades tempranas.

La presencia de la educación en las edades adultas siempre ha supuesto una mejora en la calidad de vida de la persona, especialmente si la participación en procesos formativos de cualquier índole supone un incremento de la competencia profesional. En este sentido la educación a lo largo de la vida adulta laboralmente productiva ha encontrado en la educación y la formación aliados imprescindibles a la hora de capacitar a las personas para un mejor desempeño profesional sea cual sea la ocupación laboral del individuo.

La participación en procesos educativos no solamente es beneficiosa para la persona que, laboralmente activa, desea o necesita mejorar sus competencias profesionales; Aquellos que, llegados al periodo de jubilación, abandonan la actividad laboral también pueden encontrar en la actividad educativa multitud de beneficios que, de algún modo, suplen y compensan la ausencia del trabajo. En una sociedad todavía eminentemente ergocéntrica, en la que la actividad laboral se convierte en un instrumento de construcción de la identidad personal y social de los individuos, no resulta fácil pasar de una etapa laboralmente activa, a otra en la que es precisamente la ausencia de trabajo lo que la convierte en una etapa injustamente catalogada como improductiva e inútil. Afortunadamente en los últimos años una revisión crítica de los planteamientos tradicionales del proceso de retiro laboral nos permite afirmar, como ya apuntamos anteriormente, que la jubilación constituye un periodo vital especialmente fértil en inquietudes e intereses educativos y formativos, muy lejos de la imagen negativa y pesimista con que ha sido caracterizada en décadas anteriores por la influencia de modelos deficitarios del

cercano proceso de envejecimiento. Aquella visión pesimista de la etapa de jubilación y del envejecimiento ha supuesto, entre otras cosas, una negación de la capacidad de las personas de edad para aprender y participar en procesos educativos y disfrutar así de los innumerables beneficios que conlleva la educación en estas edades.

3.1. La educación en el contexto de la jubilación: más allá de los programas de preparación a la jubilación

Por tanto, la conexión entre jubilación y educación cobra un nuevo significado que va más allá de la tradicional preocupación por preparar al trabajador próximo a su jubilación en las estrategias personales necesarias para una adaptación satisfactoria al nuevo estatus social. Son sobradamente conocidos los programas de preparación a la jubilación que, desde mediados del siglo pasado, han contribuido, desde planteamientos y enfoques muy diversos², a dotar al futuro jubilado de conocimientos, habilidades y actitudes favorecedoras de un ajuste positivo al nuevo periodo postlaboral. Las primeras experiencias obtenidas con estos programas en algunos países europeos demostraron que el ajuste y la satisfacción con el proceso de jubilación eran mayores entre las personas que habían preparado y planificado social y económicamente su jubilación (Bueno y Buz, 2006). De hecho se considera que la planificación de la jubilación constituye un claro predictor de un buen ajuste al retiro laboral (Madrid y Garcés, 2000). Sin embargo y a pesar del consenso existente acerca de la conveniencia de preparar la jubilación para garantizar un adecuado ajuste a la misma, este tipo de iniciativas ha tenido un desarrollo desigual de unos países a otros y escaso desarrollo en nuestro país (Martín, 1997).

De entre las iniciativas de preparación a la jubilación desarrollados en nuestro país, podemos destacar, por ejemplo, el programa “*Pensando en el futuro. Curso de preparación para la jubilación*”, desarrollado en la Universidad de Salamanca. Esta propuesta inclu-

2 Para una exposición de los enfoques generales de programas de preparación a la jubilación en relación a sus objetivos, contenidos, metodología, etc. puede consultarse MARTÍN GARCÍA, A. V. “Jubilación y educación de adultos”. En: J. GARCÍA CARRASCO (coord.). *Educación de adultos*. Barcelona: Ariel, 1997.

ye contenidos diversos que van desde el análisis del concepto de envejecimiento y el cambio de actitudes hacia el mismo, hasta la promoción de hábitos saludables de vida, la mejora en las relaciones familiares y sociales o la educación en el tiempo libre (Vega y Bueno, 1996).

La jubilación comienza a vincularse con procesos formativos que no solamente persiguen como finalidad el enseñar al futuro jubilado cómo afrontar los diferentes cambios que conlleva el retiro laboral, sino otro tipo de objetivos más amplios e integradores, más relacionados con la búsqueda de nuevos objetivos vitales, o con la incorporación del ocio como valor de desarrollo personal.

3.2. La educación en el contexto del envejecimiento: el desarrollo de la intervención educativa en la vejez

Desde que en 1982 las políticas de envejecimiento tomaran como referente fundamental el Plan de Viena, fruto de la I Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, el campo de la educación de las personas mayores ha experimentado a lo largo de las décadas posteriores un impulso considerable. La educación de las personas mayores se ha convertido en un reto importante en las políticas sociales de envejecimiento activo (algo reconocido institucionalmente desde diversidad de foros y eventos internacionales), produciéndose, además, una constante y evidente evolución en las iniciativas y programas educativos dirigidos a las personas mayores. Junto a la preparación a la jubilación, tales iniciativas han estado centradas fundamentalmente en la educación para el ocio y la cultura, la educación para la participación, la educación para la sensibilización hacia el envejecimiento, la educación para el desarrollo personal y la educación básica y alfabetización (Sánchez Martínez, 2004). Los principales agentes de todas estas iniciativas han sido, entre otros, los centros de educación de adultos (a los que acuden gran número de adultos mayores), universidades populares, asociaciones de mayores, centros de iniciativa social, aulas de tercera edad, universidades públicas y privadas, centros de día y residencias, fundaciones privadas, sindicatos y empresas.

En todas estas acciones e iniciativas subyace el concepto de *envejecimiento activo* que encierra la idea de que envejecer conlleva no solamente la aceptación de las pérdidas y limitaciones asociadas al inexorable avance de la edad, sino la optimización de las potencialidades y posibilidades de crecimiento y desarrollo personal. Desde este momento, por tanto, el aprendizaje en la vejez desempeña un doble papel: puede compensar pérdidas y limitaciones, pero también puede generar e impulsar la adquisición de nuevas capacidades. Por tanto en relación a las acciones y programas concretos que se han llevado a cabo en nuestro país hasta el momento podemos identificar dos orientaciones o perspectivas complementarias: la de programas en los que la educación se concibe principalmente como un instrumento de compensación y regulación de las pérdidas y limitaciones y la de los programas que, dando un paso más, entienden la educación como un factor de crecimiento en la vejez, como un instrumento para optimizar capacidades y promover el crecimiento personal. Esto último supone importantes avances en el diseño de acciones de enseñanza-aprendizaje en la vejez con la emergencia de innovadoras propuestas, tales como programas intergeneracionales centrados en la promoción de la pragmática cognitiva y la sabiduría, o programas promotores de procesos de reflexión vital, del uso educativo de las historias de vida o de grupos autobiográficos. Todo ello ha contribuido al asentamiento de lo que son las bases de una intervención educativa preventiva y compensadora y además ha permitido concebir la educación en esta etapa como un factor de desarrollo y de progreso (Martín, 2000; Villar, 2005; Villar y Solé, 2006).

Tras la enorme variedad de praxis educativas que, en las últimas décadas han ido surgiendo gracias a diversas iniciativas y entidades, hoy sabemos que la participación en actividades educativas a estas edades aporta beneficios y oportunidades de desarrollo personal. Villar y Triadó (2006, p. 424) los resumen de este modo:

- Desarrollo de nuevas competencias y conocimientos que permiten optimizar o funcionar de manera más autónoma en ámbitos diversos de la vida cotidiana.
- Mejora del funcionamiento cognitivo general dado que mantener una vida activa y estimulante intelectualmente nos hace

menos susceptibles al declive cognitivo que puede comportar el envejecimiento.

- Aumento del bienestar y valoración personal, dado que la motivación para aprender en las personas mayores parece especialmente vinculada al propio placer y satisfacción que proporciona el proceso de aprendizaje.
- Participación en nuevos ámbitos de relación social, permitiendo el establecimiento de nuevos lazos sociales satisfactorios. Estos nuevos lazos pueden ampliar nuestra red social o compensar posibles pérdidas en este ámbito a medida que envejecemos.
- Integración dentro de las corrientes de cambio social y disponer de las herramientas necesarias para poder participar y contribuir activamente a ese cambio.

Todo ello justifica sobradamente la “vuelta a la escuela” (Martín, 1994, p. 17) de las personas tras su jubilación. No cabe duda de que la participación en actividades educativas contribuye a aumentar y mantener el bienestar personal. De este modo la finalidad última de una intervención educativa en este periodo consiste precisamente en aumentar la calidad de vida de todas aquellas personas que se inician o ya están instaladas en un proceso de envejecimiento:

“La educación en la vejez propone un tipo de intervención mediante la cual se trata de descubrir el mejor modo de ayudar a las personas a reconocer las posibilidades que las diferentes fases y momentos de la vejez ofrecen, tratando de favorecer un mejor ajuste y una mayor satisfacción vital y, en consecuencia también, el mantenimiento de óptimos niveles de calidad de vida, al tiempo que potenciar los aspectos positivos de tales cambios o, en su caso, disminuir sus efectos más negativos” (Martín y Requejo, 2005, p. 46).

Estos autores sintetizan en tres, los objetivos fundamentales de una intervención educativa en la vejez: prevenir declives prematuros asociados al proceso de envejecimiento, facilitar roles significativos a las personas mayores que aseguren su integración normalizada en el entorno social y potenciar el crecimiento y desarrollo personal en esta etapa de la vida.

La educación proporciona al individuo que envejece un conjunto de patrones de actividad intelectual en un entorno de relación interpersonal y social que promueven una estimulación necesaria en esta edad proclive a pérdidas de todo tipo, tanto a nivel personal como ambiental. La educación también proporciona un espacio en el que el jubilado tiene la oportunidad de encontrar nuevas formas de crecimiento personal, de disfrute, de curiosidad intelectual, de mejor conocimiento de sí mismo, a través de actividades y propuestas destinadas a procurar un encuentro gratificante y satisfactorio con la dimensión más expresiva de la educación. Finalmente la educación permite evitar situaciones de distanciamiento, ruptura y aislamiento social al promover nuevos papeles y funciones sociales en el marco de una participación social, cultural y educativa. Martín y Requejo (2005, p. 52) hablan de una “reconstrucción de la identidad social del sujeto”, mediante la participación activa y continua en el contexto social.

Además de una proliferación y generalización de programas y acciones concretas a todos los niveles, se han producido importantes transformaciones tanto en la fundamentación teórica y conceptual, como en las consideraciones metodológicas de tales programas y en los contenidos temáticos de los mismos. En la base de estas transformaciones encontramos la propia evolución experimentada por el colectivo de las personas mayores, protagonistas de la emergencia de una llamada *nueva cultura de la vejez*, con los cambios económicos y sociales asociados a la actual sociedad de la información y a una vivencia cada vez más sana del envejecimiento que valora por encima de todo la calidad de vida. En este sentido se ha ido abriendo paso y consolidando poderosamente una forma de entender la educación en la vejez desde presupuestos psicológicos que ponen de manifiesto una visión más optimista del envejecimiento y de sus posibilidades de aprendizaje. Por otro lado también es preciso apuntar la clara evolución experimentada en el tratamiento de las temáticas de estos programas: hemos pasado de temáticas muy polarizadas en torno a la salud, las pensiones, el ocio y la preparación a la jubilación, a otras más acordes a las transformaciones actuales de la sociedad y que intentan dar respuestas a nuevos retos y necesidades en este colectivo. Es el caso, por ejemplo, del uso de las nuevas tec-

nologías como parte de la formación de las personas mayores o la utilización completa de su potencial y experiencia para convertirse en modelos de envejecimiento para generaciones más jóvenes, en el marco de una educación intergeneracional.

En cuanto al tratamiento metodológico de estos programas educativos se observa una cierta preocupación por indagar en nuevas formas de trabajo alternativas a las más tradicionales, centradas en la transmisión de información o el entrenamiento de capacidades, para dar paso a nuevos enfoques metodológicos de corte más constructivista. Cada vez son más los autores (Bermejo, 2005; Martín y Requejo, 2005; Hidalgo, De La Blanca y Risueño, 2008) que proponen el uso de metodologías de trabajo más activas buscando una nueva forma de llevar a cabo el proceso de enseñanza-aprendizaje con personas adultas y mayores. Metodologías centradas en el alumno como protagonista de su proceso de aprendizaje, basadas en la acción y la reflexión, en un marco de colaboración entre iguales y con un carácter globalizador e interdisciplinar. Este planteamiento supone buscar en la perspectiva constructivista renovadas ideas que hagan efectivas nuevas formas de diseñar las experiencias educativas con las personas mayores. Martín y Requejo, (2005, p. 55) insisten en esta idea:

“creemos también necesario incorporar al repertorio de trabajo con personas mayores otro tipo de metodologías que son pedagógicamente válidas para otros grupos de edad. Un ejemplo de ello es la metodología basada en el aprendizaje basado en problemas, el estudio de casos, el método de proyectos, etc. naturalmente, cada grupo precisará una adecuación y adaptación de la metodología y técnicas a utilizar en función de sus características específicas e intereses particulares”.

Por tanto, en la nueva sociedad cognitiva que también exige a las personas que envejecen un proceso de aprendizaje permanente y una mayor capacidad de adaptación a los cambios y transformaciones, se hace necesaria una relectura de la perspectiva constructivista a la luz de las nuevas necesidades y exigencias que impulsan las propuestas educativas a las personas mayores. Ello supone un modelo de actuación en el que el aprendiz mayor:

“con la menor ayuda e información posible proporcionada por el educador, investigue, busque, descubra por sí mismo. Como este objetivo es bastante ambicioso puede emplearse un amplio repertorio de estrategias que permitan ir graduando esta autonomía de los participantes y del grupo” (Bermejo, 2004, p. 67).

En definitiva Bermejo (2004) propone estrategias y metodologías que conecten con las inquietudes de las personas mayores y les demuestren que son capaces de obtener información y construir conocimiento por sí mismas; que permitan que las personas hagan uso de sus experiencias y capacidades y reflexionen sobre su propio proceso de aprendizaje; que promuevan un aprendizaje menos directivo, que optimice su autonomía, su autoestima y su eficacia en un marco de relaciones interpersonales.

4. ALGUNAS CONCLUSIONES

A medida que el nuevo ámbito disciplinar de la gerontología educativa se va consolidando con nuevas propuestas educativas y reflexiones pedagógicas, el semblante de la educación más allá de la jubilación se va enriqueciendo con nuevos referentes y marcos conceptuales. Una de las líneas de reflexión más relevantes en una prospectiva de la relación entre envejecimiento y educación estriba en reformular el papel del aprendiz mayor y el papel del educador en los programas educativos dirigidos a estas edades. Si hacemos un repaso de los planteamientos que subyacen en el universo de las iniciativas educativas para personas mayores, encontramos que el paso de un modelo de educador como mero transmisor de conocimiento a un modelo de educador como mediador y facilitador de aprendizajes, es uno de los retos pendientes en el diseño de los programas educativos dirigidos a estas personas mayores. Hoy resulta conveniente y necesario poner el acento en aprender más que en enseñar (Villar y Solé, 2006) y en consecuencia, ello supone un replanteamiento del protagonismo de los adultos mayores en su propio proceso de aprendizaje. Ya no se trata de polarizar los objetivos y contenidos de enseñanza en la compensación y prevención de declives asociados al procesamiento de la información tales como capacidades sensoriales y perceptivas y procesos de atención y memoria. Sin

obviar tales aspectos, sin duda muy relevantes, se trata más bien de considerar la importancia en los procesos de enseñanza-aprendizaje de otros elementos tales como la experiencia vital y cotidiana de la persona que aprende y sobre todo su capacidad para aportar y contribuir al desarrollo de la sociedad actual:

“Tradicionalmente se ha contemplado a los mayores como un colectivo improductivo en términos laborales, aquejado fundamentalmente de necesidades que les hacen dependientes de otros grupos sociales (los productivos) y con escaso poder de decisión y poder para configurar y transformar el mundo de acuerdo a sus intereses. La educación sería uno de los medios para revertir esta situación y hacer que las personas mayores no sólo eviten quedar relegadas y al margen de las corrientes de cambio social, sino para que adquieran conciencia de su situación, tomen las riendas de su vida y puedan, incluso, ser capaces de participar activamente en la definición de los rumbos de una sociedad en la que deben implicarse activamente” (Villar y Solé, 2006, p. 434).

En todo este planteamiento subyacen conceptos tales como *interactividad*, *relación intergeneracional*, *reflexividad crítica*, *empowerment*,... que encierran posibilidades y definen retos de futuro que convierten a la gerontología educativa en un ámbito disciplinar dinámico y abierto. De este modo, constituyen pilares sobre los que asentar el discurso pedagógico futuro en relación al envejecimiento y sus posibilidades de desarrollo a través de la intervención educativa. Además una nueva forma de entender el envejecimiento junto con la aparición de un nuevo perfil de jubilado, está reorientando las prácticas educativas en la vejez. El alumno adulto mayor de hoy es ante todo un aprendiz: la transmisión de conocimientos da paso a la construcción de aprendizajes, las limitaciones y los déficits dan paso a las posibilidades y potencialidades, la edad se difumina en favor de la experiencia vital, la obligación de formarse da paso a la libertad de aprender...

Queremos finalizar esta reflexión insistiendo en que la asociación entre jubilación y educación no se limita a la formación previa que un trabajador puede recibir de cara a una adaptación satisfactoria a la nueva etapa vital, sino que va mucho más allá: la jubilación se convierte en un dilatado proceso en el que la participación educati-

va puede adquirir tal protagonismo que conduzca por nuevos derroteros de aprendizaje y desarrollo personal a todo individuo que reinterpreta, las palabras de José Ortega y Gasset: “la sustancia de la vida reside en la ocupación” a la luz de las dimensiones más expresivas de la educación.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUIRRE BAZTÁN, A. El ocio como cultura de la vejez. Hacia una gerontopsicología social, *Papeles del psicólogo*, 1992, nº 54, p.35-38.
- AGULLÓ TOMÁS, M. S. *Mayores, actividad y trabajo en el proceso de envejecimiento y jubilación: una aproximación psico-sociológica*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales/IMSERSO, 2001.
- ATCHLEY, R. C. *The sociology of retirement*. Cambridge: M. A., Schenkman, 1976.
- ATCHLEY, R. C. A continuity theory of normal aging. *Gerontologist*, 1988, nº 29, p. 183-190.
- BERMEJO, L. *Gerontología educativa. Cómo diseñar proyectos educativos con personas mayores*. Madrid: Editorial Médica Panamericana, 2005.
- BUENO MARTÍNEZ, B.; BUZ DELGADO, J. Jubilación y tiempo libre en la vejez. *Informes Portal Mayores*, nº 65 (2006) <http://www.imsersomayores.csic.es/documentos/documentos/bueno-jubilacion-01.pdf> [Consulta: 16 de octubre de 2006]
- FERICGLA, J. M. *Envejecer: una antropología de la ancianidad*. Barcelona: Anthropos, 1992.
- FERNÁNDEZ-BALLESTEROS, R.; MOYA, R.; INIGUEZ, J.; ZAMARRÓN, M. D. *¿Qué es la psicología de la vejez?* Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.
- FIERRO, A. “Proposiciones y propuestas sobre el buen envejecer”. En: J. BUENDÍA (Comp.). *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo XXI, 1994. p. 3-34.
- GARCÍA ARROYO, M. J. *Nuevos horizontes para la tercera edad. Mitos y realidades de la gerontología psicoeducativa*. Salamanca: Universidad Pontificia, 1994.
- GARCÍA MÍNGUEZ, J. *La educación de personas mayores. Ensayo de nuevos caminos*. Madrid: Narcea, 2004.
- GARCÍA MÍNGUEZ, J.; SÁNCHEZ GARCÍA, A. *Un modelo de educación en los mayores: la interactividad*. Madrid: Dykinson, 1998.
- GRANJEL, L. S. *Historia de la vejez. Gerontología. Gerocultura. Geriatria*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1989.

- HIDALGO, J.; DE LA BLANCA, S.; RISUEÑO, J. J. La enseñanza constructivista en la educación de adultos. Una propuesta de mejora del proceso de enseñanza-aprendizaje en esta etapa educativa. *Actas del III Congreso Mundial de Estilos de Aprendizaje*: Cáceres, 2008.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, J. J. Jubilación: opción o imposición social, *REIS*, 1992, nº 60, p. 91-126.
- MADRID GARCÍA, A. J.; GARCÉS DE LOS FAYOS, E. J. La preparación para la jubilación: revisión de los factores psicológicos y sociales que inciden en un mejor ajuste emocional al final del desempeño laboral. *Anales de Psicología*, 2000, nº 16 (1), p. 87-99.
- MARTÍN GARCÍA, A. V. *Educación y envejecimiento*. Barcelona: PPU, 1994
- MARTÍN GARCÍA, A. V. “Jubilación y educación de adultos”. En: J. GARCÍA CARRASCO (coord.). *Educación de adultos*. Barcelona: Ariel, 1997, p. 217-253.
- MARTÍN GARCÍA, A. V. Diez visiones sobre la vejez: del enfoque deficitario y de deterioro al enfoque positivo. *Revista de Educación*, 2000, nº 323, p. 161-182.
- MARTÍN GARCÍA, A. V.; REQUEJO OSORIO, A. Fundamentos y propuestas de la educación no formal con personas mayores. *Revista de Educación*, 2005, nº 338, p. 45-66.
- NEUGARTEN, B. *Los significados de la edad*. Barcelona: Herder, 1999.
- PETRUS ROTGER, A. “Nuevas experiencias de intervención socioeducativa hacia las personas mayores”. En: A. J. COLOM; C. ORTE (Coord.). *Gerontología educativa y social. Pedagogía social y personas mayores*. Palma de Mallorca, 2001, p. 611-647.
- RODRÍGUEZ, A. “Dimensiones psicosociales de la vejez”. En: J. BUENDÍA (Comp.). *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo XXI, 1994, p. 53-68.
- RUBIO HERRERA, R. “Modelos, paradigmas y teorías”. En: N. SAEZ; R. RUBIO; A. DOSIL. *Tratado de psicogerontología*. Valencia: Promolibro, 1996, p. 21-77.
- SÁEZ CARRERAS, J. *La tercera edad. Animación sociocultural*. Madrid: Dykinson, 1997.
- SÁEZ, J.; ESCARBAJAL, A. Aprendiendo del pasado: investigación y educación con la tercera edad, *Revista Interuniversitaria de Pedagogía Social*, 1996, nº 13, p. 35-45.
- SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M. La educación de personas mayores en el marco del envejecimiento activo. Principios y líneas de actuación. *Informes Portal Mayores*, nº 26 (2004), www.imsersomayores.csic.es/documentos/sanchez-educación-01.pdf [Consulta: 10 de octubre de 2005]

Educación y envejecimiento. La participación educativa más allá de la jubilación

TRINIDAD REQUENA, A. Estrategias sociales y económicas de los nuevos jubilados. *REIS*, 2006, nº 115, p. 135-163.

VEGA, J. L.; BUENO, B. *Pensando en el futuro. Curso de preparación para la jubilación*. Madrid: Síntesis, 1996.

VILLAR, F. Educación en la vejez: hacia la definición de un nuevo ámbito para la psicología de la educación, *Infancia y Aprendizaje*, 2005, nº 28 (1), p. 63-79.

VILLAR, F.; SOLÉ, C. “Intervención psicoeducativa con personas mayores”. En: C. TRIADÓ; F. VILLAR (coords.). *Psicología de la vejez*. Madrid: Pirámide, 2006, p. 423-450.

